FEREDIT
Fondo editorial
Red de investigadores de la Transcomplejidad

GESTIÓN AMBIENTAL COMUNITARIA EN EL CARINAGUA

José Rosario Anzoátegui Palma

Gestión Ambiental Comunitaria en el Carinagua

José Rosario Anzoátegui Palma

Colección: Campos fundantes y transversales de la transcomplejidad
Primera Edición, Mayo, 2026
Depósito Legal: **AR2026000156**
ISBN: **978-980-456-103-0**

Se permite copiar, distribuir, comunicar públicamente y adaptar esta obra, siempre que se reconozca adecuadamente la autoría, no se haga con fines comerciales y las obras derivadas se compartan con la misma licencia.

Para citar esta obra: Anzoátegui, J. (2026). Gestión Ambiental Comunitaria en el Carinagua. Colección: Campos fundantes y transversales de la transcomplejidad. Primera Edición. FEREDIT.

Libros@Red de Investigadores de la Transcomplejidad.
https://reditve.com
Rif: J403566976
Portada: Gemini AI
Revisión General: Comité Editorial
Libro arbitrado por pares ciegos

AUTORIDADES
REDIT
Dra. Crisálida Villegas
Presidente
Dra. Nancy Schavino
Vicepresidente
Dra. Mary Stella
Directora de Administración
Dra. Alicia Uzcátegui
Secretaria

FEREDIT
Dra. Sandra Salazar
Directora
Comité Editorial
Dra. Betty Ruiz
Dra. Rosana Silva
Dra. Evelyn Ereú
Dra. Miozotis Silva
Dr. Arturo Dávila
Dr. Renné Pérez

GESTIÓN AMBIENTAL COMUNITARIA EN EL CARINAGUA

ÍNDICE DE CONTENIDO

		pp.
	Presentación	8
I	**El Carinagua habla**	14
	Voces de la orilla	14
	El peso del desinterés	18
	Testimonio, vivencias y sentires	22
II	**Saberes en la orilla**	25
	La educación como herramienta de libertad	26
	El diálogo de saberes	28
	Ecología de saberes: un diálogo necesario	31
	Ciudadanía ambiental y participación	34
	Hacia una gestión ética y solidaria	38
III	**El encuentro de voluntades**	44
	Guardianes del saber: líderes y protagonistas	46
	Mirada que descubre: la observación directa	48
IV	**Plan de acción: gestión para la vida**	51
	Teatro y la danza como espejo colectivo	64
	Música y la poesía (la voz de los abuelos y sabios)	66
	Poesía: palabra que siembra realidad	70
	Pintura y escultura: color de la resistencia	75
	Palabra de origen: oralidad, mitos y leyendas	79

V	**Sembrar Esperanza**	**88**
	Carinagua: ¿un latido que se apaga o una vida que renace?	**89**
	El legado de las aguas: una promesa para mis nietas	**94**
	Mensaje final del autor: un voto por el amazonas	**97**
	Referencias	**101**

ÍNDICE DE TABLAS

No.		pp.
1	Matriz de diagnóstico crítico del Caño Carinagua	17
2	Bases teóricas de la gestión sentipensante	41
3	Plan de acción comunitario para la gestión soberana del Caño Carinagua	85

ÍNDICE DE FIGURAS

No.		pp.
1	Espiral de la emancipación metodológica (enfoque sociocrítico)	45
2	Eje artístico-cultural como dinamizador de la gestión comunitaria sentipensante.	62

PRESENTACIÓN

Escribir estas páginas no es solo un acto académico; es un desahogo y un llamado de urgencia. El Caño Carinagua no es solo una corriente de agua que atraviesa Puerto Ayacucho; es el testigo silencioso de nuestra historia, el sustento de comunidades indígenas y el pulmón de quienes decidieron hacer vida en sus fundos. Sin embargo, hoy su murmullo suena distinto: a cansancio y a olvido.

Durante años, he observado con una preocupación insistente cómo la herida del Carinagua se hace cada vez más profunda. Lo que antes era transparencia hoy es turbidez. Pero lo más grave no es solo la contaminación física, lo que realmente estremece es el deterioro de la voluntad humana por su cuidado.

Nos enfrentamos a una realidad dolorosa: un desinterés creciente de quienes habitamos sus orillas, que a fuerza de ver el daño nos hemos vuelto

indiferentes y una mirada lejana de las instituciones gubernamentales, para quienes el caño parece ser solo una línea en un mapa y no una prioridad de vida.

El estudio que dio origen a este texto nació en las aulas de la UPEL y caminó los senderos de los pequeños asentamientos de agricultores no indígenas y comunidades indígenas, buscaba romper ese silencio. No podemos seguir esperando que la solución venga de afuera mientras que el fuego y los desechos lo devoren. Es hora que la comunidad asuma el control territorial a través de una administración insurgente que defienda el Carinagua como su primera frontera de dignidad.

Para transitar este camino de salvación y autogobierno, las páginas de este libro se despliegan como una cartografía de la acción comunitaria, estructurado en cinco capítulos. El primero, **El Carinagua habla**, rescata el diagnóstico riguroso de la realidad, pero despojándolo de la frialdad técnica para darle cuerpo a través de las voces de la orilla y

confrontar con crudeza el peso del desinterés que amenaza con anestesiarnos, evidenciado a través de testimonios, vivencias y sentires.

Esta denuncia encuentra su sustento ético y pedagógico en el segundo capítulo, **Saberes en la orilla**, donde se siembran las bases teóricas de una educación ambiental vista desde el sur. Aquí, se concibe, la educación como herramienta de libertad y se propicia el diálogo de saberes mediante la ecología de saberes como un diálogo necesario; un puente indispensable para construir una verdadera ciudadanía ambiental y participación que encamine hacia una gestión ética y solidaria.

Pero las ideas necesitan rostros y manos. Por ello, el tercer capítulo, **El encuentro de voluntades** devela la ruta metodológica y los encuentros humanos que hicieron posible esta obra, visibilizando a los guardianes del saber: líderes y protagonistas, y agudizando la mirada que descubre:

la observación directa como herramientas de reconocimiento territorial.

Así se llega al corazón latiente de la propuesta en el cuarto capítulo, **El proyecto de gestión comunitaria**. Este apartado ofrece los pasos prácticos para cuidar la cuenca, asumiendo la educación ambiental como eje transformador y el convite comunitario: organización en movimiento como estructuras de autogobierno.

En estas líneas, el arte surge como espejo y grito: sensibilización y expresión cultural, valiéndose del teatro y la danza como espejo colectivo, la música y la poesía (la voz de los abuelos y sabios) y la pintura y la escultura: el color de la resistencia para sacudir las conciencias. Aquí, la palabra de origen: oralidad, mitos y leyendas se erige como una pedagogía del respeto, recordándonos la raíz ancestral que ata al agua.

Finalmente, el quinto capítulo, **Sembrar esperanza** confronta con el dilema histórico de

concebir el Carinagua, un latido que se apaga o una vida que renace. Este cierre es también mi fibra más íntima, es el legado de las aguas, una promesa para mis nietas, un testimonio de amor para que las nuevas generaciones reciban un territorio vivo. Se concluye con un mensaje final del autor: un voto por el Amazonas, reafirmando mi militancia permanente por la vida de la región.

Este libro es una invitación a dejar de ser espectadores de la propia crisis. Es un convite a los maestros, a los abuelos sabios de las etnias y a los trabajadores de la tierra para reconocerse como lo que se es: una sola comunidad unida por un mismo destino hídrico. Gestionar el Carinagua no es un trámite administrativo; es un acto de supervivencia y de amor por este territorio amazónico que lo ha dado todo.

Pasemos de la preocupación a la ocupación. Es hora de volver a convivir con el Carinagua, antes de que su voz se apague para siempre. Con la

esperanza y la confianza en que estas páginas, que hoy caminan gracias al Fondo Editorial de la Red de Investigadores de la Transcomplejidad (FEREDIT) siembren una semilla fértil en el pensamiento ecológico de nuestra América.

Más que un texto académico, esta es una apuesta pedagógica emancipadora y sentipensante que brota desde la raíz de las comunidades indígenas y fundos, demostrando que otra gestión del conocimiento es posible cuando se escribe con el alma sembrada en la orilla y con la mirada puesta en el futuro de los hijos y nietos.

I. EL CARINAGUA HABLA

Para entender lo que sucede en esta microcuenca, primero hay que aprender a escucharla. El Carinagua no habla con palabras, sino con el color de sus aguas, con el rastro de sus orillas y con el silencio de los árboles que ya no están. Al iniciar este recorrido, nos damos cuenta de que el caño tiene mucho que decir, pero sumergidos en el día a día, hemos dejado de oírlo.

Ese mutismo que hoy nos rodea no es ausencia de vida, sino un grito contenido que aguarda por nuestra mirada atenta. Es el llamado urgente de un territorio que reclama dejar de ser paisaje para volver a ser el corazón latente de la comunidad.

Voces de la orilla

Cuando se camina por los sectores que abrazan la cuenca, desde este corazón del pueblo hasta los asentamientos donde los hermanos indígenas mantienen su lucha por la vida, se

recogieron testimonios que son, en realidad, un grito de auxilio. No son solo "datos cualitativos"; son vivencias cargadas de nostalgia y preocupación.

Son relatos que añoran la transparencia de un agua que se ha ido oscureciendo ante nuestra mirada, mientras el recuerdo de la abundancia choca con la crudeza de un cauce herido. En cada palabra de los vecinos, se siente el peso de una herencia que se escapa entre las manos si no reaccionamos a tiempo.

"Antes el agua era otra cosa", nos decía la memoria de los abuelos. Hoy, la realidad golpea el rostro con imágenes que duelen: el humo de las quemas que va cercando la selva, la tala que deja desnuda la tierra y esa presencia invasora de los desechos sólidos que parecen haberle ganado el terreno a la vegetación natural. El diagnóstico fue claro: el caño está sufriendo una agresión constante y silenciosa, una "acción antrópica" que no es más

que el resultado de habernos desconectado de nuestra fuente de vida.

Lo más alarmante es que esta agresión ha pasado a formar parte de la cotidianidad, volviéndose un paisaje invisible ante nuestros ojos. Nos hemos acostumbrado a caminar entre el plástico y el humo como si fueran elementos naturales de la selva, permitiendo que la desidia institucional y el desinterés social levanten un muro de indiferencia.

Esta ruptura con el entorno no solo enferma al agua y al suelo, sino que erosiona el sentido de pertenencia de quienes habitamos la cuenca, dejándonos a merced de una crisis que avanza mientras permanecemos en silencio. Es imperativo entender que cada árbol caído y cada cauce obstruido es una señal de que se está perdiendo la batalla por la propia supervivencia en el territorio.

Para comprender la magnitud de la crisis que atraviesa este territorio, es necesario sistematizar los hallazgos recogidos en el diagnóstico

participativo. A continuación, se presenta la tabla 1, que organiza las dimensiones críticas del Caño Carinagua, donde la observación directa y el diálogo con la comunidad permiten visualizar cómo la degradación física se entrelaza con la orfandad institucional y la ruptura del tejido social.

Tabla 1
Diagnóstico crítico del caño Carinagua

Dimensión	Hallazgo crítico	Consecuencia socioambiental
Física-natural	Contaminación por desechos sólidos, quema y tala de riberas	Alteración del ciclo hídrico y pérdida irreversible de la biodiversidad local
Social	Anestesia social" y ruptura del sentido de pertenencia	Indiferencia colectiva ante la degradación del entorno inmediato
Política	Orfandad institucional y vacío de vigilancia ambiental	Desconexión entre la normativa legal y la realidad del territorio amazónico
Ética/simbólica	El río visto como un objeto de desecho y no como sujeto de vida	Erosión de la identidad cultural y del respeto sagrado por la naturaleza

Fuente: Elaboración propia

La tabla presentada no es solo un resumen técnico; es la sistematización de un cauce que agoniza bajo la presión antrópica y el olvido. Se observa una relación dialéctica entre la dimensión física y la política: la basura que inunda el Carinagua (física) es el síntoma visible de una gestión pública ausente (política) que ha dejado de lado su responsabilidad soberana.

Sin embargo, el hallazgo más profundo reside en la dimensión social y ética; la "anestesia" del habitante refleja una fractura en el alma del pueblo amazónico, donde el río ha dejado de ser el espejo de la comunidad para convertirse en un canal de olvido. Este diagnóstico obliga a que la respuesta no sea meramente técnica, sino una transformación profunda de nuestra forma de habitar y sentir el territorio.

El peso del desinterés

Lo más amargo de este hallazgo no es solo la basura o el árbol caído. Es notar que nos hemos

acostumbrado al paisaje del deterioro. Existe una especie de anestesia social: el habitante mira el daño, pero siente que no puede hacer nada y mientras tanto, el Estado mira hacia otro lado.

Ese desinterés gubernamental ha dejado al Carinagua en una orfandad institucional peligrosa. Pareciera que, mientras el caño siga fluyendo, a nadie le importa si lo que lleva en su cauce es vida o es muerte.

A este escenario de apatía social se suma el vacío dejado por la gestión pública. El desinterés gubernamental no solo se manifiesta en la ausencia de servicios eficientes de recolección de desechos o en la falta de vigilancia ambiental, sino en una desconexión profunda con la realidad del territorio. Mientras la normativa legal reposa en los escritorios, el Carinagua languidece ante la falta de políticas que integren verdaderamente a la comunidad en su resguardo.

Esta orfandad institucional ha convertido a la microcuenca en una tierra de nadie en términos de protección, donde el discurso del desarrollo amazónico choca frontalmente con el abandono de su recurso más vital.

Es aquí donde la gestión comunitaria que se propone deja de ser una opción para convertirse en un acto de soberanía y resistencia frente al olvido oficial. Se trata de recuperar el poder de decidir sobre el entorno, transformando la indignación en una organización colectiva capaz de devolverle al Carinagua su dignidad y asegurar que el agua siga siendo, para las generaciones futuras, un símbolo de vida y no un recuerdo de lo que se perdió.

Esta transferencia del poder hacia las bases no se decreta en oficinas burocráticas, sino que se amasa en la cotidianidad del fango y la orilla, allí donde confluyen las manos del conuquero, el pescador, el docente y el líder indígena.

GESTIÓN AMBIENTAL COMUNITARIA EN EL CARINAGUA

Al asumir el autogobierno ambiental como una praxis de vida, la comunidad ribereña subvierte la lógica del abandono e instaura sus propias cartografías de cuidado a través de las brigadas populares y los itinerarios pedagógicos territoriales.

Claro está, no se trata de redactar un pliego de lamentos para que sea archivado por la mirada lejana del burócrata, sino de ejercer una vigilancia soberana que controle las quemas, denuncie los vertidos y reforeste las riberas con el regreso de las especies autóctonas.

Es esta acción directa, nacida del "convite" y el diálogo de saberes, la que verdaderamente fractura la anestesia social y demuestra que, cuando un pueblo decide abrazar colectivamente su destino hídrico, la microcuenca deja de ser una línea vulnerable en un mapa institucional para transformarse en una trinchera inexpugnable de dignidad amazónica.

Testimonios, vivencias y sentires

El Caño Carinagua no es una categoría abstracta cartografiada en los planos de la planificación urbana, ni una simple corriente hídrica medible en metros cúbicos por segundo; es un territorio que late, gime y resiste a través de la memoria oral de quienes habitan sus riberas.

Al caminar la orilla y propiciar el encuentro horizontal, las narrativas de los conuqueros, fundistas y abuelos sabios de los pueblos Jivi y Huottöja emergen no como meras anécdotas folclóricas, sino como un corpus denso de conocimiento ecológico y resistencia cultural.

Sus relatos configuran una crónica viva del caño, desde la evocación nostálgica de aquellas aguas cristalinas donde las familias lavaban, nadaban y pescaban en comunión, hasta el dolor compartido ante el avance de la contaminación, la tala indiscriminada y esa persistente anestesia social inducida por la orfandad institucional.

Por lo tanto, escuchar estos testimonios, vivencias y sentires de la comunidad constituye el primer acto de justicia epistémica y ruptura decolonial. En cada testimonio recolectado al calor del conuco o en el porche de la casa ribereña, se devela una racionalidad otra, un saber sentipensante que desafía abiertamente los diagnósticos fríos de los expertos foráneos.

El relato popular no solo denuncia el daño ambiental, sino que resguarda la clave de la sanación del territorio al recordar los ciclos del río, el valor sagrado de los morichales y la urgencia de recuperar el "convite" como tecnología social de ayuda mutua.

Son estas vivencias cargadas de arraigo y dignidad, las que quiebran el silencio colonial y se entrelazan de manera horizontal con el dato científico, demostrando que la verdadera salvación del Carinagua no vendrá de recetas tecnocráticas

externas, sino del poder creador y la memoria viva de su propia vecindad organizada.

II. SABERES EN LA ORILLA

Para rescatar el Carinagua no basta con la voluntad, se necesita un faro que guíe. En este trayecto, hemos comprendido que la educación ambiental no puede ser una simple lección de salón, sino un tejido de conocimientos que nazca del roce con la tierra y el agua. En la orilla del caño, los conceptos académicos se encuentran con la realidad de los habitantes, creando un pensamiento que es, a la vez, científico y profundamente humano.

Esta fusión de sentires y saberes demuestra que la verdadera ecopedagogía no se mide por la cantidad de conceptos memorizados, sino por la capacidad de transformar la indignación en praxis territorial y el desinterés en un convite permanente por la vida.

Al caminar los linderos junto a nuestros fundistas y escuchar las palabras de origen de los abuelos indígenas, se entiende que la ciencia solo es verdaderamente útil cuando se despoja de su

frialdad y aprende a escuchar los ciclos de la naturaleza y los clamores del pueblo.

No se trata entonces de imponer verdades desde una pizarra lejana, sino de co-construir, desde la orilla misma, una conciencia ambiental insurgente que active el resguardo colectivo, sane las heridas del cauce y siembre en cada habitante la certeza de que defender la microcuenca es defender la primera y más sagrada trinchera de dignidad amazónica.

Educación como herramienta de libertad

Se habla de una educación que transforme. Beber de las fuentes de la gestión educativa informa que el papel de la escuela y del líder comunitario es el de ser puentes. La educación ambiental en el Amazonas debe ser "sentipensante": debe razonar con el cerebro, pero actuar con el corazón, entendiendo que cuidar el entorno es, en última instancia, cuidar la vida misma.

Esta transformación educativa exige romper con los modelos rígidos que ven a la naturaleza

como un objeto de estudio lejano y empezar a verla como el hogar que nos constituye. Para Freire (1970) la educación en el Carinagua debe ser un proceso de concienciación donde el habitante reconozca su poder para transformar la realidad de su cuenca.

No se trata solo de conocer el ciclo del agua, sino de comprender que la soberanía del pueblo amazónico depende de la capacidad para defender los recursos que dan vida. Así, la escuela y la comunidad se funden en un solo espacio de aprendizaje insurgente, donde cada acción pedagógica es también un acto de resistencia contra el olvido y una siembra de esperanza para el mañana.

Es en este tejido donde la escuela rompe sus paredes tradicionales y se traslada al conuco, al fundo y a la churuata, asumiendo que el aula de clases más fecunda es la orilla misma del Carinagua. Al abrazar esta pedagogía de la liberación y del cuidado, el diálogo de saberes deja de ser un

enunciado metodológico y se convierte en una práctica de resistencia cultural, donde el conocimiento académico valida y honra la memoria ancestral de los abuelos indígenas y la experiencia viva de los trabajadores de la tierra.

Se genera entonces una ecología de saberes en movimiento, capaz de sacudir la anestesia social y de demostrar que la verdadera emancipación amazónica comienza cuando el habitante, al mirarse en el espejo turbio del caño, no ve una causa perdida, sino un compromiso histórico; comprendiendo que cada convite, siembra y palabra rescatada es un acto soberano de autogobierno que blinda el porvenir y defiende de manera insurgente la continuidad de la vida en este territorio.

El diálogo de saberes

Uno de los pilares de este camino es reconocer que el académico no lo sabe todo, ni el habitante está en la oscuridad. En las riberas del Carinagua ocurre un milagro cotidiano: el encuentro entre la

visión del profesional y la cosmogonía del pueblo indígena.

Aquí, la gestión comunitaria se nutre de la participación real, que se da cuando se reconoce como iguales y se entiende que la preservación no es una orden que viene desde arriba, sino un acuerdo que nace de la propia necesidad de futuro. Es un quiebre definitivo con la soberbia intelectual, un ejercicio robinsoniano donde se desaprende para aprender a leer el río desde la mirada del abuelo sabio y el conuquero.

Este encuentro de voluntades permite que el conocimiento científico se humanice y que el saber ancestral se valide como una tecnología de vida fundamental para la supervivencia del Amazonas. Al final, no se trata solo de salvar un cauce de agua, sino de reconstruir el tejido social que une.

Se demuestra que la verdadera gestión educativa es aquella que nace del respeto mutuo y del compromiso inquebrantable con el territorio que

se comparte. De este modo, la ecología de saberes deja de ser un concepto abstracto para transformarse en la siembra de una conciencia insurgente, la única herramienta colectiva capaz de sanar las riberas y garantizar la poesía de los mañanas.

Por lo tanto, asumir el diálogo de saberes como praxis vital implica entender que la salvación del Carinagua no nacerá de recetas empaquetadas en laboratorios distantes, sino de la complementariedad insurgente que se teje al calor de la asamblea comunitaria.

Es ahí, en esa asimetría que se disuelve ante el bien común, donde el rigor del dato científico sobre la calidad del agua se acopla perfectamente con el mito y la oralidad ancestral que prohíben la profanación del cauce.

Al entrelazar ambas realidades, dotamos a los habitantes de los fundos y las comunidades indígenas de un blindaje conceptual y espiritual

inquebrantable. Una soberanía cognitiva compartida que transforma la simple vecindad ribereña en una vanguardia eco-productiva unida por un mismo destino hídrico, decidida a gobernar y defender con la vida el territorio que sostiene su existencia.

Ecología de saberes: un diálogo necesario

Como recuerda el pensamiento decolonial contemporáneo, no existe un solo saber válido. En el Carinagua, la ciencia que mide el pH del agua es tan necesaria como el conocimiento del abuelo indígena que sabe cuándo el río "está triste".

Al integrar estos enfoques, se esta aplicando lo que de Sousa Santos (2010) denomina la ecología de saberes, es decir, reconocer que para salvar el territorio necesitamos que el conocimiento académico y ancestral se miren a los ojos, sin jerarquías, para construir una solución común que nazca del reconocimiento de la diversidad del mundo.

Este diálogo horizontal permite que el conocimiento científico se despoje de su arrogancia histórica y se abra a la sabiduría de los pueblos originarios, quienes han custodiado la microcuenca mucho antes de que se inventaran los términos académicos. Al decir que el río 'está triste', el abuelo no usa una metáfora vacía, sino que expresa una lectura profunda de los ciclos biológicos y espirituales que la técnica a veces ignora.

Por tanto, integrar la cosmogonía indígena en la gestión comunitaria no es un gesto de cortesía cultural, sino una necesidad estratégica, solo cuando logramos que el dato técnico dialogue con el sentimiento de pertenencia al territorio, se podrán diseñar acciones de preservación que sean verdaderamente sostenibles y respetuosas con la vida que fluye en el Carinagua.

Esta confluencia de lógicas y sentires rompe las cadenas del colonialismo intelectual que históricamente ha descalificado la memoria mítica

frente al frío dictamen del laboratorio. Al dotar a la comunidad ribereña de esta doble mirada, capaz de interpretar tanto los indicadores técnicos de contaminación como los avisos sutiles de la naturaleza custodiados por los abuelos, se consolida una verdadera soberanía cognitiva en el territorio.

En consecuencia, se fractura de manera definitiva la histórica dependencia tecnocrática: ya no se espera la llegada de expertos foráneos para diagnosticar la salud de la microcuenca; el conuquero, el docente y el comunero asumen el control de su propia realidad, erigiendo la orilla del Carinagua como el aula viva donde el poder popular legisla, sana y defiende de manera soberana el porvenir de su propio territorio.

De este modo, la ecología de saberes deja de ser un debate meramente filosófico para transformarse en el cimiento operativo de la administración insurgente, demostrando que la preservación del Carinagua no es un ejercicio de

burocracia ambiental, sino un acto soberano de autodeterminación popular arraigado en la herencia del Amazonas.

Ciudadanía ambiental y participación

La preservación no es solo un tema de biólogos, sino un ejercicio de ciudadanía. Siguiendo las corrientes de la educación ambiental popular, la gestión comunitaria es el motor para que los habitantes pasen de ser "afectados" a ser "actores" de su propia realidad. Como señala Sauvé (2014) la educación ambiental no debe limitarse a transmitir información, sino enfocarse en la construcción de una identidad y un sentido de pertenencia con el ambiente.

En este sentido, la verdadera resiliencia está en la organización local, es la gente unida por una identidad hídrica, la que tiene el poder de frenar el deterioro que las instituciones han ignorado, convirtiendo la orilla del caño en la primera trinchera

de dignidad y resistencia cultural para blindar la vida de las generaciones venideras.

Esta ciudadanía no se ejerce desde la pasividad de quien espera soluciones externas, sino desde la convicción de que el territorio es un espacio político donde se defienden derechos fundamentales. Al reconocerse como parte de una "identidad hídrica", el vecino del Carinagua entiende que el agua que fluye por el caño es la misma que nutre su salud, economía y cultura, rompiendo así la barrera del individualismo.

De manera que, la participación real, entonces, se convierte en un acto de justicia socioambiental, donde la comunidad organizada no solo denuncia el abandono, sino que asume la autogestión de su entorno, demostrando que cuando el pueblo se apropia de su realidad, es capaz de regenerar la vida allí donde las políticas públicas han fallado.

Por consiguiente, la construcción de esta identidad hídrica no es un proceso abstracto; se fragua en el intercambio diario y en el reconocimiento de que el destino del conuco, el fundo y la comunidad indígena están indisolublemente atados a la preservación del Caño Carinagua. Cuando el habitante comprende que el agua no es un recurso aislado sino el hilo umbilical que sostiene la vida colectiva de Puerto Ayacucho, la indiferencia se disuelve.

Es en momento donde el convite comunitario deja de ser una simple jornada de limpieza para transformarse en una asamblea de autogobierno, un espacio donde se discuten y diseñan las estrategias de resguardo territorial. Así, la ecopedagogía popular se convierte en la herramienta que cohesiona las voluntades, demostrando que la soberanía sobre los bienes comunes se ejerce con los pies en el barro y la mirada puesta en el bienestar común.

Este empoderamiento desde las bases instituye una verdadera administración insurgente, capaz de levantar un muro de contención ético contra el extractivismo urbano y la desidia institucional que amenazan la microcuenca. Al asumir el control de su entorno, la vecindad ribereña ya no suplica por la intervención de una burocracia lejana; por el contrario, se autoconstituye en la autoridad legítima de su territorio, activando brigadas de custodia y redes de vigilancia solidaria arraigadas en el saber ancestral de los abuelos y abuelas indígenas.

Se trata, en última instancia, de demostrar que frente a la orfandad oficial, la organización local es la máxima expresión de una ciudadanía sentipensante que defiende su derecho humano sagrado al agua limpia. Cuidar el Carinagua se consolida entonces como un acto de resistencia cultural y de amor militante, garantizando que el latido de la cuenca

siga siendo una promesa de vida para las generaciones venideras.

Hacia una gestión ética y solidaria

La gestión comunitaria educativa que hoy se propone se fundamenta en una ética del cuidado. Ya no basta con administrar recursos; hay que gestionar la vida. Boff (2012) sostiene que el cuidado es una dimensión esencial del ser humano que permite la supervivencia de la vida y la preservación de la casa común.

Esta visión subraya que la educación ambiental debe ser intercultural, especialmente en territorios como el nuestro, donde la diversidad de lenguas y visiones es la mayor riqueza. Gestionar el Carinagua es, en el fondo, gestionar la esperanza de un pueblo que se niega a ver morir su fuente de vida.

Esta ética solidaria convoca a ir más allá de la simple vigilancia ecológica para adentrarse en la corresponsabilidad afectiva con el entorno. No se trata solo de proteger un recurso hídrico, sino de

sanar el tejido de relaciones que une a éste, reconociendo que la salud del Caño Carinagua es el reflejo de la propia salud social.

Al asumir esta gestión como un compromiso ético, se transforma la resistencia en reexistencia: una forma de habitar el territorio donde la solidaridad entre vecinos, fundistas e indígenas se convierte en la principal tecnología para la restauración ambiental. Gestionar la vida significa, en última instancia, cultivar una conciencia colectiva capaz de abrazar la complejidad de la selva y defenderla con la misma fuerza con la que esta nos ha sostenido durante siglos.

Bajo esta lógica del cuidado y la reexistencia, la gestión comunitaria educativa se despoja de los fríos manuales técnicos institucionales para encarnarse en el convite y en las asambleas de base como espacios legítimos de preservación territorial. Es en este encuentro intercultural donde el diálogo de saberes se activa como una herramienta de

soberanía cognitiva, permitiendo que la rigurosidad del dato científico se ensamble armónicamente con la mística y los relatos de origen de la sabiduria de los abuelos.

Al educar desde y para la vida, la microcuenca del Carinagua deja de ser un espacio geográfico vulnerable y fragmentado por la desidia burocrática, para erigirse en un aula abierta e insurgente; una trinchera de dignidad donde cada árbol reforestado en la orilla y cada cauce liberado de contaminación es una lección viva de autogobierno popular y un acto de amor militante que blinda de manera definitiva el porvenir de las generaciones venideras.

En tal sentido, los cimientos teóricos del estudio se erigen sobre un diálogo de saberes, que trasciende la visión tradicional de la gestión ambiental. A, continuación, se presenta la tabla 2, que organiza sus pilares epistemológicos, donde la pedagogía crítica, la sabiduría ancestral y la administración insurgente convergen para dar forma

a una propuesta de gestión sentipensante, coherente con las realidades y desafíos del territorio amazónico.

Cada eje estructurado en este bloque representa un quiebre definitivo contra la anestesia social y el peso del abandono institucional que ha amenazado históricamente a la microcuenca. Se trata de un blindaje metodológico concebido para que los conuqueros, fundistas y pueblos originarios redefinan las reglas del cuidado ambiental desde sus propias realidades, transformando la resistencia cotidiana en un ejercicio pleno de autogobierno territorial que asegura que el Caño Carinagua siga siendo un cauce indomable de vida y dignidad.

Tabla 2
Cimientos teóricos de la gestión sentipensante

Teoría / enfoque	Autor	Aporte
Administración insurgente	Zambrano, 2023	Soberanía popular y participación directa.
Ecopedagogía	Gadotti (2002)	Educación para la conexión vital con la Tierra.
Ecología de los saberes	Mato (2002)	Validación del conocimiento indígena y ancestral.

Biodanza	Rolando Toro (2005)	Sanación del vínculo hombre-naturaleza.

Fuente: Elaboración propia (2026)

La síntesis teórica presentada revela que el rescate del Caño Carinagua no puede abordarse desde una administración pública tradicional, fría y tecnocrática. Por el contrario, la convergencia entre la eco pedagogía y la ecología de los saberes propone un cambio de paradigma, reconocer que la solución reside en la unión del rigor científico con la sabiduría ancestral de los pueblos indígenas.

Asimismo, esta estructura teórica sustenta lo que se ha denominado una administración insurgente, la cual se nutre del pensamiento robinsoniano para "inventar" nuevas formas de gestión comunitaria que sean soberanas y afectivas. Al incorporar la biodanza, el marco referencial trasciende lo intelectual para alcanzar lo humano, planteando que la recuperación del territorio comienza por la recuperación de la sensibilidad del ciudadano.

Este tejido de autores proporciona la base epistemológica para una gestión que no solo administra recursos, sino que cultiva la vida, transformando la educación ambiental en un acto de amor y resistencia política en el corazón del Amazonas, un blindaje conceptual que legítima la práctica de la administración insurgente como la única vía para devolverle la soberanía al pueblo sobre su propio destino hídrico.

III. ENCUENTRO DE VOLUNTADES

Para pasar de la preocupación a la acción, fue necesario caminar el territorio. No se puede gestionar lo que no se conoce, ni se puede transformar lo que no se siente. Por ello, este camino no se trazó desde un escritorio, sino a través del contacto genuino con quienes viven, sufren y sueñan a las orillas de la microcuenca.

El encuentro de voluntades nació allí donde el asfalto cede paso a la tierra y donde el murmullo del agua se mezcla con las voces de su gente. Este recorrido metodológico, lejos de ser un proceso lineal y frío, se concibió como un movimiento helicoidal de aprendizaje y deliberación colectiva, donde la inmersión en la realidad, el diálogo de saberes y la reflexión crítica impulsaron una transformación emancipadora.

Para visualizar esta dinámica, hemos diseñado la "espiral de la emancipación metodológica", presentada a continuación, en la figura 1.

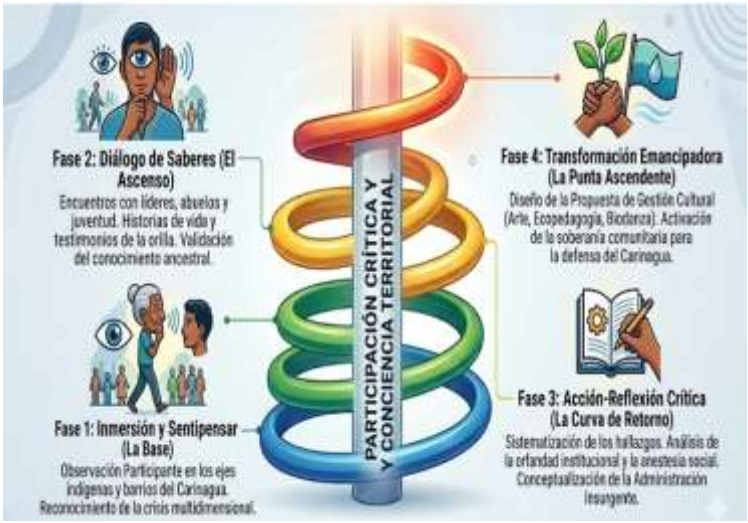
Fase 2: Diálogo de Saberes (El Ascenso)
Encuentros con líderes, abuelos y juventud. Historias de vida y testimonios de la orilla. Validación del conocimiento ancestral.
Fase 1: Inmersión y Sentipensar (La Base)
Observación Participante en los ejes indígenas y barrios del Carinagua. Reconocimiento de la crisis multidimensional.
PARTICIPACIÓN CRÍTICA Y Y CONCIENCIA TERRITORIAL
Fase 4: Transformación Emancipadora (La Punta Ascendente)
Diseño de la Propuesta de Gestión Cultural (Arte, Ecopedagogía, Biodanza). Activación de la soberanía comunitaria para la defensa del Carinagua.
Fase 3: Acción-Reflexión Crítica (La Curva de Retorno)
Sistematización de los hallazgos. Análisis de la orfandad institucional y la anestesia social. Conceptualización de la Administración Insurgente.

Figura 1. Espiral de la emancipación metodológica
Fuente: Figura gestionada por IA Gemini

La figura 1 revela el carácter dialéctico y transformador de la realidad, producto de la inmersión sentipensante en la comunidad para escuchar el grito del caño y reconocer la crisis. El movimiento ascendente se logra a través del diálogo de saberes, legitimando la oralidad indígena y los testimonios de la orilla como ciencia territorial.

El momento crucial ocurre en la acción-reflexión crítica, donde la sistematización de los

hallazgos permite desnudar las estructuras de poder y la orfandad institucional, transformando la queja en propuesta y conceptualizando la administración insurgente.

Finalmente, la espiral se proyecta hacia la transformación emancipadora, donde el diseño de la propuesta de gestión cultural activa la soberanía comunitaria. Esta figura demuestra que la metodología socio-crítica no busca solo conocer el mundo, sino proporcionar las herramientas para cambiarlo, sustentada en el eje inquebrantable de la participación crítica y la conciencia territorial, asegurando así que el Carinagua vuelva a ser un río sagrado donde se teje el futuro de nuestro pueblo.

Guardianes del saber: líderes y protagonistas

En esta travesía, los líderes comunitarios no fueron simples fuentes de información; se convirtieron en los verdaderos cartógrafos de la realidad. Fueron ellos, con su liderazgo natural y su conocimiento profundo de cada calle y vereda,

quienes abrieron la puerta a la intimidad del conflicto ambiental.

Sus relatos, cargados de una sabiduría práctica y una valentía admirable, permitieron entender que la crisis del Carinagua no es solo técnica, sino profundamente social. Escucharlos fue comprender que en cada barrio y en cada asentamiento indígena existe una reserva de esperanza que solo espera ser organizada.

Este liderazgo no se limita a la gestión de carencias, sino que representa una forma de administración insurgente que nace desde la base para desafiar el abandono institucional. Al organizar la esperanza, estos líderes transforman el diagnóstico en un plan de lucha, convirtiendo cada asamblea y cada jornada de limpieza en un ejercicio de soberanía sobre su propio territorio.

Son ellos quienes logran tejer la unidad entre el vecino del barrio y el habitante del eje indígena, demostrando que la verdadera gestión pública no es

aquella que se dicta desde una oficina lejana, sino la que se construye con el sudor y la palabra de quienes se niegan a ser extranjeros en su propia tierra. En sus manos, la preservación del Carinagua deja de ser un ideal lejano para convertirse en un proyecto colectivo de reexistencia y dignidad.

Mirada que descubre: la observación directa

Complementan estas voces con la observación directa, técnica que obligó a mirar donde ya nadie mira. Recorrer el cauce, registrar el avance de las quemas, documentar la acumulación de desechos y notar el silencio de la fauna desplazada, permitió contrastar el discurso con la evidencia física. Observar no fue solo "ver", sino "sentir" la herida del territorio.

Esta inmersión en el campo reveló la desconexión entre la vida cotidiana y el equilibrio ecológico, confirmando que la gestión comunitaria es la única vía para devolverle el orden a este caos provocado por el olvido; un quiebre que solo es

posible subsanar activando una administración insurgente que devuelva el protagonismo ético y político a los habitantes de la orilla.

Al transitar las riberas, la evidencia física habló con una crudeza que ningún informe técnico podría alcanzar. Se vió cómo los márgenes del caño, que deberían ser santuarios de biodiversidad, se han transformado en vertederos improvisados donde el plástico asfixia la raíz de los árboles. La observación sistemática permitió registrar no solo el daño visible, sino la alarmante normalización de la destrucción, la quema que avanza como un vecino más y la tala que desnuda los suelos bajo una mirada institucional indiferente.

Este registro minucioso fue el que permitió pasar de la sospecha a la certeza, fundamentando la propuesta en la realidad palpable de un ecosistema que grita por una intervención inmediata. Fue, en definitiva, el lente de la observación el que mostró que el desorden ambiental es el reflejo de una

fractura social que solo la organización popular podrá reparar.

IV. PLAN DE ACCIÓN: GESTIÓN PARA LA VIDA

Al llegar a este punto, la pregunta ya no es qué le sucede al Carinagua, sino qué se va a hacer para preservarlo. La propuesta que aquí se presenta no es un recetario de soluciones externas, sino un modelo de gestión comunitaria educativa diseñado desde las entrañas de Puerto Ayacucho.

Entendiendo la gestión no como el simple manejo de recursos, sino como la organización de voluntades para la defensa del territorio. Es una propuesta que busca devolverle la voz a la comunidad y la salud al cauce, fundamentada en la corresponsabilidad y el amor por la raíz amazónica.

De tal manera que, este plan de acción es, en esencia, una hoja de ruta insurgente parida en el barro y la orilla, al calor del debate comunitario y el diálogo de saberes. "Gestión para la vida" implica subvertir la lógica extractivista que reduce el agua a un simple recurso administrable, para asumirla como

el hilo umbilical que sostiene la existencia, la cultura y la espiritualidad de Puerto Ayacucho.

Al articular la pedagogía crítica freireana con la ética del cuidado intercultural, esta matriz operativa dota a los vecinos, fundistas y pueblos originarios de una herramienta de autogobierno ambiental capaz de fracturar la orfandad oficial, transformando el histórico "convite" en una trinchera inexpugnable de dignidad donde la comunidad organizada asume el control soberano de su territorio y blinda el porvenir hídrico de las generaciones venideras.

Para que esta propuesta responda fielmente a la realidad vivida en la microcuenca del Caño Carinagua, su estructura operativa no se organiza en las tradicionales y frías "fases técnicas" de la planificación burocrática. Por el contrario, se despliega en ejes estratégicos de cohabitación, espacios de acción donde convergen armónicamente los tres actores fundamentales,

como son los vecinos, fundistas e indígenas para transformar el territorio:

Eje 1. Concienciación sentipensante (Educación sensible). Enfocado en la escuela insurgente, los itinerarios pedagógicos en la orilla misma del caño y los talleres de ecopedagogía popular, diseñados específicamente para sacudir la anestesia social y reconstruir la identidad hídrica.

Eje 2. Organización popular y autogobierno (Convite). Centrado en la activación de las Brigadas populares de custodia y el tejido de redes de vigilancia solidaria, herramientas de resistencia comunitaria preparadas para hacer frente a la histórica orfandad institucional.

Eje 3. Restauración ecológica y soberanía alimentaria (Praxis en la orilla). Destinado a la reforestación activa de las riberas degradadas con especies autóctonas y a la consolidación de los sistemas de producción local, devolviendo a la tierra y al agua su vocación protectora mediante el

resguardo de rubros ancestrales como la piña, el cacao, el copoazú, el túpiro, la manaca, el seje, el moriche, la yuca, el mapuey y el pijiguao.

Como señala Walsh (2023) estas prácticas comunitarias constituyen verdaderas "siembras y grietas decoloniales" que agrietan el muro de la indiferencia institucional y abren caminos para levantar la vida desde los territorios periféricos. Devolver a la tierra y al agua su vocación protectora a través del esfuerzo conuquero no es solo sanar el paisaje; es activar un espacio de re-existencia colectiva donde la soberanía alimentaria se siembra de cara al porvenir de Puerto Ayacucho.

En el eje 1, la educación ambiental como eje transformador, es el corazón de esta propuesta, una educación que sale de las cuatro paredes de la escuela para encontrarse con la realidad del caño. No se busca solo alfabetizar ecológicamente, sino concientizar para la acción.

Esto implica diseñar procesos de aprendizaje donde el vecino, el niño y el líder indígena se reconozcan como investigadores de su propio entorno. La meta es clara: transformar la "indiferencia" en "participación activa", creando brigadas de custodia y espacios de formación permanente donde se discuta la importancia del Carinagua para la supervivencia colectiva.

Este eje transformador se materializa en la recuperación de la memoria hídrica a través del intercambio generacional. No se trata solo de estudiar el ciclo del agua en un libro, sino de propiciar encuentros donde los abuelos relaten a los jóvenes cómo era el Carinagua antes de la herida, convirtiendo el testimonio oral en una cátedra viva de resistencia.

Al integrar especies autóctonas como el Copoazú y la Manaca en las jornadas de reforestación educativa, el aprendizaje se vuelve tangible, cada semilla sembrada es una lección de

soberanía alimentaria y una apuesta por restaurar el equilibrio perdido. Así, la escuela se expande hasta la orilla del caño, transformando el paisaje degradado en un aula abierta donde la comunidad no solo aprende a proteger su recurso, sino que redescubre su orgullo de ser guardiana de la selva.

La educación que se propone no se queda en la teoría; se hace cuerpo en la creación de las Brigadas de Custodia del Carinagua. Estos grupos, conformados por jóvenes, abuelos y líderes de los ejes indígenas, se convierten en los ojos y la voz del caño.

A través de itinerarios pedagógicos territoriales, recorridos donde el biólogo y el conocedor ancestral educan juntos, la comunidad aprende a identificar las amenazas en tiempo real y a proponer soluciones inmediatas. No se trata solo de limpiar una orilla, sino de entender la interconexión de la vida en la microcuenca.

Esta formación permanente busca que cada habitante sea un multiplicador de conciencia, capaz de interpelar a las instituciones con argumentos técnicos y vivenciales, transformando la educación ambiental en una herramienta de control social y defensa del patrimonio natural.

En el eje 2, el convite comunitario para que la gestión sea efectiva, debe ser participativa. Proponemos la creación de redes de articulación que unan a los diferentes sectores, corazón del pueblo, ejes indígenas y fundistas, en un solo bloque de protección.

Esta estructura no espera por el permiso oficial; se organiza a través del convite, esa tradición de unir manos para un fin común. A través de asambleas permanentes y comités de vigilancia ambiental, la comunidad asume el rol que el Estado ha dejado vacante, ejerciendo una soberanía ambiental que es, en esencia, la defensa del derecho humano al agua y a un ambiente sano.

Esta organización en movimiento trasciende la simple reunión de vecinos para convertirse en una red de vigilancia y acción permanente, donde la comunicación fluye tan libremente como debería hacerlo el agua del caño.

El convite se transforma en la herramienta política por excelencia, mientras unos limpian los cauces, otros documentan las agresiones ambientales y los líderes gestionan alianzas estratégicas, creando un escudo humano contra la degradación.

Al unir la fuerza del sector del corazón de pueblo con la sabiduría de los ejes de las caminerías indígenas y el compromiso de los fundistas, se esta levantando una estructura de autogobierno ambiental. Esta cohesión social no solo permite dar respuestas rápidas ante las quemas o la tala, sino que devuelve a la comunidad la dignidad de saber que el destino del Carinagua está, finalmente, en las

manos correctas: las de quienes beben de él y lo aman.

En el eje 3, el arte como espejo y grito, sensibilización y expresión cultural, esta estructura organizativa requiere de un lenguaje que logre conmover y convocar a las mayorías. Por ello, la gestión comunitaria no solo se escribe con leyes o informes, sino que se canta, se baila y se pinta.

Se entiende la participación cultural como la vía más poderosa para la difusión y sensibilización, donde cada grupo etario asume una responsabilidad creativa con el entorno. El arte, en todas sus manifestaciones, permite que la comunidad deje de ver al caño como un objeto y empiece a sentirlo como parte de su propia identidad, convirtiendo la estética en una forma de resistencia que celebra la vida y denuncia el olvido desde la fibra más sensible de nuestra humanidad.

Esta apuesta por lo sensible encuentra su fundamento en lo que Gadotti (2002) denomina la

ecopedagogía, la cual sostiene que la formación ambiental debe ir más allá de la razón lógica para alcanzar una conexión vital y afectiva con la Tierra.

Al integrar el arte en la gestión comunitaria, no se esta realizando una actividad recreativa, sino un acto pedagógico profundo, se esta reeducando la mirada para reconocer al Carinagua como un sujeto de derechos y no como un recurso a explotar.

Como subraya la estética decolonial, el arte en manos del pueblo permite romper el imaginario del desarrollo depredador y sustituirlo por una narrativa de cuidado y pertenencia. Así, cuando un niño pinta el río o una comunidad danza su historia, están reconstruyendo el tejido simbólico que sostiene la vida en el Amazonas, demostrando que la sensibilidad es la fuerza política más auténtica para movilizar la voluntad colectiva hacia la preservación.

Por consiguiente, la cultura se erige como el lenguaje que permite traducir el diagnóstico técnico en un compromiso vital, facilitando que la ética del

cuidado se convierta en una práctica cotidiana y compartida. Esta dimensión simbólica de la gestión comunitaria educativa no busca simplemente ilustrar la crisis ambiental, sino subvertir el orden de la indiferencia al otorgar a cada ciudadano un rol protagónico en el relato de su propio territorio.

Al armonizar la música, la danza y la plástica con la lucha por el Carinagua, se esta gestando una ciudadanía que no solo reclama soluciones, sino que las encarna desde su identidad profunda. El arte no es aquí un accesorio de la gestión, sino su motor más potente, es la fuerza que transforma el conocimiento en sentimiento y este en la voluntad inquebrantable de proteger la fuente de vida que nos define como pueblo amazónico.

Para visualizar cómo esta matriz de sensibilidad se convierte en una herramienta de gobernanza territorial, se ha diseñado el siguiente esquema, que ilustra el eje artístico-cultural como el

núcleo dinamizador de la propuesta de gestión sentipensante.

Círculo 1:
TEATRO Y DANZA ECOLÓGICA
El cuerpo como territorio de resistencia. Dramatización de los conflictos y celebración de la vida del río. (Ensayo para la acción)
Círculo 2:
MÚSICA Y POESÍA AMAZÓNICA
Recuperación de la memoria sonora caño. Cantos de arrieo, mitos y leyendas indígenas. (La voz del agua)
RESCATE INTEGRAL DEL CAÑO CARINAGUA
Círculo 4:
ORALIDAD Y CONSEJO DE SABIOS
Círculo 3:
MURALISMO Y ARTES PLÁSTICAS
Pedagogía visual en las calles. Transformación de espacios críticos en galerías de conciencia ambiental. (Soberanía visual)

Figura 2. El eje artístico-cultural como dinamizador de la gestión comunitaria sentipensante
Fuente: Elaboración propia

La figura 2, esta revela que el arte no es concebido como un simple espectáculo, sino como un sistema de pedagogía política en el Amazonas. Demuestra que la gestión comunitaria sentipensante no es lineal, sino una red de influencias recíprocas donde el teatro y la danza ensayan la acción real de defensa, la música y la poesía rescatan la memoria

sonora del río, el muralismo ejerce una soberanía visual sobre los espacios degradados y la oralidad de los sabios proporciona la brújula moral.

La figura confirma que la propuesta de gestión cultural activa la conciencia colectiva desde la fibra más sensible de la identidad, transformando la ética del cuidado en una práctica cotidiana y compartida, donde cada ciudadano asume un rol protagónico en el relato de su propio territorio para asegurar que el Carinagua vuelva a ser el cauce vibrante del futuro.

Bajo esta premisa, la propuesta contempla el abordaje de diversas áreas culturales que se entrelazan para dar voz al territorio y rostro a la esperanza. Esta articulación de saberes no busca la mera contemplación estética, sino la activación de una ciudadanía insurgente capaz de traducir el sentimiento de pertenencia en estrategias concretas de resguardo ambiental.

Así, cada manifestación artística se convierte en un nudo de resistencia que une la memoria de los

abuelos con el ímpetu de la juventud, garantizando que el rescate del Carinagua sea una construcción colectiva, permanente y profundamente enraizada en la identidad amazónica.

Teatro y danza como espejo colectivo

Para los niños y jóvenes, el cuerpo es el primer territorio de defensa. De manera que, a través del cuerpo y la actuación, los más jóvenes pueden escenificar la historia del Carinagua, desde su pureza original hasta su actual herida. El teatro de calle en los barrios y comunidades indígenas se convierte en una herramienta de denuncia que moviliza conciencias de forma lúdica pero profunda.

Esta puesta en escena del cuerpo como territorio de resistencia se fundamenta en la propuesta de Boal (2002) quien sostiene que el teatro no debe ser un espectáculo de pasividad, sino una herramienta para que el individuo asuma el protagonismo de su propia historia.

Al escenificar la agonía y la posible resurrección del Carinagua, los jóvenes no solo ejecutan movimientos estéticos, sino que realizan un ejercicio de ensayo para la acción real en su comunidad. La danza y el teatro se convierten así en un sistema de comunicación intercultural que trasciende la palabra escrita, permitiendo que el mensaje de urgencia ambiental sea comprendido y sentido por todos los sectores de la sociedad amazónica.

De este modo, la expresión artística deja de ser una simple representación para transformarse en un acto de liberación pedagógica, donde cada gesto y cada paso son un compromiso público con la defensa de la vida.

En esta pedagogía del movimiento, se incorpora la biodanza como una metodología de educación biocéntrica que coloca la vida en el centro de todas las relaciones. Según Toro (2005) la biodanza permite la recuperación de la conexión profunda con la naturaleza a través de la vivencia, facilitando que

el individuo no solo piense el ambiente, sino que sienta la pulsación de la vida en su propio cuerpo.

En el contexto del Carinagua, practicar biodanza en sus riberas permite que la comunidad sane la fractura emocional con su entorno, transformando el miedo ante la degradación en una fuerza vital de protección. Al danzar nuestra pertenencia al ecosistema, se activa una solidaridad orgánica que une como un solo organismo vivo, recordándo que cuidar el agua es, en esencia, un acto de amor hacia la propia existencia biológica y espiritual.

Música y poesía, la voz de abuelos y sabios

Los cantos tradicionales y la décima popular son los vehículos perfectos para rescatar la memoria oral. La música inspirada en el murmullo del agua y la poesía que honra a la selva sirven para sembrar en las nuevas generaciones un respeto sagrado por la naturaleza.

La música inspirada en el murmullo del agua y la poesía que honra a la selva sirven para sembrar

en las nuevas generaciones un respeto sagrado por la naturaleza, tejiendo un puente generacional donde la palabra cantada y el verso sentido se convierten en la brújula moral de la comunidad. Esta simbiosis entre el ritmo y la rima permite que el conocimiento ancestral sobre el Carinagua no se pierda en el olvido, sino que se convierta en una melodía colectiva de pertenencia y defensa territorial.

Música: el latido de la selva.

La expresión musical en esta propuesta se sustenta en la visión de Murray Schafer (1977) y su concepto de "paisaje sonoro", que invita a reconocer que el entorno tiene su propia música y que silenciarla es una forma de violencia ambiental. Al rescatar los cantos tradicionales y la tonada inspirada en el Caño Carinagua, se esta devolviéndole al pueblo la capacidad de escuchar la voz de su ecosistema.

La música no actúa aquí como un simple acompañamiento, sino como una herramienta de cohesión social que, al ritmo del maderamen o la flauta, armoniza la voluntad del barrio con el pulso de la selva, recordándonos que somos una sola orquesta vital donde la salud del agua es la nota fundamental de la supervivencia.

Esta partitura comunitaria adquiere su verdadera densidad decolonial cuando los sonidos cotidianos del conuco, el murmullo del cauce y el rumor del viento entre los morichales se entrelazan con la oralidad y la rítmica de los pueblos originarios. No se trata de una mera recopilación folclórica; es un diálogo acústico donde el canto sagrado de los abuelos Huottja y Jivi, que salmodian el respeto a los dueños del agua, se ensambla de manera armónica con la tonada del llanero y la vivencia del vecino ribereño.

Al sintonizar estos saberes auditivos, el plan de acción fractura la sordera colonial impuesta por el

ruido de la modernidad urbana y el extractivismo destructor. La microcuenca del Carinagua vuelve a ser escuchada como un sujeto vivo que habla, que gime ante la contaminación y que celebra en cada convite la restitución de su equilibrio hídrico original.

Por lo tanto, la expresión musical en la orilla se erige como una trinchera ecopedagógica insurgente, donde la melodía se transforma en denuncia colectiva y la letra en un manifiesto de soberanía territorial. Cuando los niños y jóvenes del barrio componen e interpretan cantos nacidos de su propia identidad hídrica, la anestesia social se disuelve por completo ante la fuerza de la palabra cantada.

La música deviene entonces en el motor afectivo que dinamiza la organización popular, inyectando un amor militante que sostiene el cuerpo y el espíritu durante las jornadas físicas de reforestación y limpieza.

Así, al recuperar la armonía del paisaje sonoro, se demuestra que la gestión para la vida es también

una polifonía de voluntades dispuestas a defender con la vida el latido sagrado del Carinagua, asegurando que su voz de agua limpia siga arrullando el porvenir de las generaciones amazónicas.

Poesía: palabra que siembra realidad

Por su parte, la poesía y la décima popular encuentran su sustento en la "ecocrítica", que analiza cómo el lenguaje literario puede transformar la relación del ser humano con la biosfera. Como sugiere la perspectiva decolonial, la palabra poética es un acto de reexistencia al nombrar cada árbol, piedra y recodo del Carinagua con la ternura del verso, se esta rescatando al territorio de la lógica del desecho y la explotación.

El poema se convierte en una cartografía sentimental que permite a los jóvenes “leer” su paisaje no como un recurso vacío, sino como un libro sagrado que merece ser preservado. La poesía, entonces, no solo describe la belleza, sino que dicta

una sentencia ética, lo que se ama y se canta con belleza, se defiende con valentía.

Como testimonio estético e insurgente de esta premisa, brota de la misma praxis territorial y del diálogo de saberes este canto que funde el dato científico con la mística de la orilla.

Canto Sentipensante por el Caño Carinagua

José Rosario Anzoátegui Palma, 2026

I
Carinagua, cauce herido
por el frío de la desidia,
hoy tu vecindad lidia
contra el tiempo y el olvido.
El abuelo me ha dicho
que tu cuerpo está llorando,
mientras la ciencia midiendo
va tu pH en la orilla,
se une el dato y la semilla
que el convite va sembrando.
II
Entre el seje y el copoazú,
el túpiro y el moriche,
no dejes que se marchite
la esperanza del sur.
El fundista y el indígena
conuqueros de la vida,

sanan tu carne encendida
con amor y autogobierno,
rompiendo el dolor eterno
de la patria desatendida.

III

No es el caño un simple flujo
de recurso almacenable,
es el hilo indispensable
de la selva y su dibujo.
Pintamos con brocha y grito
murales de reexistencia,
despertando la conciencia
en una escuela insurgente,
¡que defiende con la mente
tu sagrada subsistencia!

En este contexto, la décima popular y el verso rimado dejan de ser meras expresiones de entretenimiento para erigirse en el archivo vivo y la memoria oral de las comunidades del Carinagua. Al estructurar la rima sobre el compás del sentir ribereño, el conuquero, el docente y el joven fundista rescatan la crónica de las aguas, cantando tanto la herida abierta por la desidia burocrática, como los saberes ancestrales que los abuelos indígenas han custodiado en la selva.

Esta poética de la orilla funciona como un espejo que descoloniza la mirada, despoja al habitante de la anestesia social impuesta por el abandono institucional y le devuelve la dignidad del arraigo. Nombrar el territorio a través de la métrica popular es un acto de soberanía cognitiva que transforma el mapa geográfico en un tejido de afectos, donde cada estrofa es un pacto inquebrantable de convivencia y respeto mutuo entre los seres humanos y los elementos que sostienen la vida.

Por consiguiente, la palabra poética se incorpora a la gestión comunitaria no como un adorno discursivo, sino como una pedagogía insurgente de acción y resistencia territorial. Al recitar y cantar la belleza amenazada del caño, la comunidad organizada levanta un muro de contención ético contra el extractivismo urbano y la indiferencia.

El verso se vuelve así el combustible espiritual que dinamiza el convite y da fuerza a las brigadas

populares de custodia. Es la vibración sentipensante que convierte la denuncia en propuesta ecopedagógica y el dolor del paisaje en un grito de reexistencia colectiva.

En última instancia, esta cartografía sentimental demuestra que la verdadera salvación del Carinagua requiere de una ciencia con alma; una praxis donde la rigurosidad de la preservación ambiental se nutre de la poesía del pueblo, asegurando que el latido del cauce siga siendo una promesa de agua limpia y dignidad para las generaciones del mañana.

Como muestra de esta cartografía sentimental y del dolor transformado en trinchera, comparto estos versos que nacen de la memoria viva, la añoranza de la infancia y la promesa colectiva por el retorno del cauce sagrado:

Nostalgia y Promesa en las Aguas del Carinagua

José Rosario Anzoátegui Palma. 2026

Oh, mi hermoso Carinagua,
cómo añoro con el alma
volver a encontrar la calma

en el dulzor de tu agua.
Límpido y fresco caudal
que en mi infancia fue testigo
del juego con el amigo
y el abrazo familiar;
¡quién pudiera regresar
a tu frescura de abrigo!

II

Fuiste el gran entrelazador
de inocencia y de alegrías,
de emociones que en mis días
dejaron un tierno olor.
Hoy me duele tu agonía,
pero sé que con la unión
de toda la población
y con la razón viviente,
revitalizaremos tu frente
para una nueva creación.

III

Ojalá los niños vean
tu corriente cristalina,
y la juventud vecina
en tus orillas recreen.
Dios permita el retorno
de tu cuerpo bendecido;
por la vida comprometido,
amo la tierra y su flora,
¡Carinagua, llegó la hora
de rescatar lo perdido!

Pintura y escultura: el color de la resistencia

El muralismo comunitario es la herramienta ideal para transformar los espacios degradados. Aunado a los cantos tradicionales y la décima popular son los vehículos perfectos para rescatar la memoria oral. La música inspirada en el murmullo del agua y la poesía que honra a la selva sirven para sembrar en las nuevas generaciones un respeto sagrado por la naturaleza.

Esta estrategia permite que cada ciudadano, según su rol y edad, se convierta en un comunicador ambiental. Cuando el mensaje de preservación se transmite a través de una danza o un lienzo, deja de ser una "obligación" para convertirse en un acto de amor colectivo, garantizando que el mensaje de protección del Amazonas se instale permanentemente en el imaginario de la gente.

Esta dimensión de la plástica y la tridimensionalidad se sustenta en la psicología del lugar de Canter (1977) quien postula que la identidad

de un espacio no es solo física, sino una construcción social basada en las vivencias y los símbolos que en él se depositan.

Al intervenir los espacios degradados con el color de la resistencia, no solo se esta embelleciendo una pared, sino también realizando una reapropiación simbólica del territorio, donde el mural se convierte en un espejo que devuelve a la comunidad una imagen digna de su entorno. La escultura con elementos del paisaje, por su parte, actúa como un ancla de la memoria que materializa el compromiso ético de no permitir que la desidia sepulte la fuente de vida.

De este modo, la pintura y la forma se transforman en una pedagogía visual permanente: un recordatorio silencioso pero potente de que cada trazo de color es un acto de soberanía y que la belleza, cuando es construida colectivamente, es la defensa más feroz contra la destrucción ambiental; un grito estético plasmado en el muro que sacude la

anestesia social y convoca a la vecindad a convertirse en guardiana activa de su propia cuenca.

Esta pedagogía visual se convierte en la piel del territorio, donde cada mural y cada forma esculpida actúan como un manifiesto vivo de la identidad amazónica. Así, la belleza deja de ser un lujo para transformarse en el escudo ético de un pueblo que, al pintar su esperanza, decide que el Caño Carinagua no será un recuerdo del pasado, sino el cauce vibrante de su futuro; un testimonio cromático e insurgente que proclama la soberanía del poder popular sobre el resguardo de sus propios bienes comunes.

De esta manera, el lienzo comunitario de la orilla proclama que la sensibilidad estética es inseparable de la militancia ecológica y de la rigurosidad científica. Al transformar las paredes agrietadas por el abandono en monumentos de resistencia cultural, el arte popular logra lo que la fría burocracia institucional jamás pudo: tocar la fibra más íntima del

habitante y sembrar una corresponponsabilidad afectiva indisoluble con la microcuenca.

Este grito cromático y sentipensante, custodiado por la mirada de los niños y la memoria de los abuelos indígenas, es la antesala espiritual que moviliza el cuerpo y la voluntad colectiva; el impulso necesario para dar el paso definitivo desde la contemplación de la belleza plasmada hacia la ejecución concreta del convite y el autogobierno territorial que sanarán, de una vez y para siempre, el cuerpo sagrado de nuestro Carinagua.

Palabra de origen:ralidad, mitos y leyendas

En el corazón de esta gestión cultural, la oralidad de los ancianos y sabios indígenas se erige como la fuente primaria de sabiduría. Proponemos la figura del cuentacuentos ancestral, donde los líderes y abuelos de las comunidades asumen el rol de guardianes de la memoria.

A través del relato de mitos y leyendas como el origen del agua, los dueños del monte o los espíritus

protectores del caño, se busca restaurar el respeto sagrado hacia el Carinagua. Estas historias no son meras fantasías; son tratados de ecología profunda que educan que el río tiene alma y que toda agresión a su cauce es una agresión a nosotros mismos.

Esta recuperación de la palabra de origen no busca únicamente la preservación de un folklore, sino la reactivación de un contrato ético con la naturaleza, donde el saber ancestral se convierte en una herramienta de gobernanza territorial.

Al reconocer que los mitos son sistemas de regulación social que históricamente han evitado la sobreexplotación de los recursos, el cuentacuentos ancestral se transforma en un mediador pedagógico fundamental para la resolución de conflictos socioambientales en el entorno del Carinagua.

Así, la oralidad actúa como un hilo invisible que une la cosmogonía indígena con la conciencia urbana, recordándonos que la salud del caño es el reflejo de la propia integridad cultural. Cuando el

abuelo habla y el joven escucha, se rompe el ciclo de la indiferencia y se siembra una vigilancia colectiva basada en el amor y la pertenencia, garantizando que el respeto por el agua sea una herencia viva que trascienda las generaciones.

Oralidad como pedagogía del respeto.

Este enfoque se sustenta en lo que Mato (2002) define como la "ecología del saber", que reconoce que los conocimientos tradicionales indígenas son indispensables para la gestión ambiental sostenible. Al sentar a los niños y jóvenes alrededor de la palabra del sabio, se esta practicando una pedagogía de la escucha que rompe con la hegemonía del saber occidental.

La palabra oral, cargada de la fuerza del mito, logra lo que mil folletos no pueden: infundir un temor reverencial y un amor profundo por la "casa común". Esta recuperación de la memoria oral permite que el Carinagua deje de ser visto como un canal de drenaje para volver a ser el río sagrado donde

habitan los ancestros y donde se teje el futuro del pueblo.

Bajo esta perspectiva, la oralidad no solo rescata el pasado, sino que se convierte en un acto de resistencia epistemológica frente a la visión mercantilista de la naturaleza. Al legitimar la voz de nuestros sabios, la gestión comunitaria del Carinagua adquiere una profundidad que trasciende lo administrativo, transformándose en un proceso de re-encantamiento del mundo donde el entorno recupera su valor sagrado y vital.

Esta transferencia de conocimientos garantiza que el compromiso ambiental de las nuevas generaciones no nazca de una imposición externa, sino de un sentimiento de pertenencia arraigado en la historia misma de su tierra. En última instancia, proteger el caño a través de la memoria es proteger la propia existencia; es asegurar que el fluir del agua siga siendo el espejo donde se reconozca un pueblo

que sabe de dónde viene y, por tanto, decide con soberanía hacia dónde camina.

Por lo tanto, esta cartografía de la memoria no se queda atrapada en la nostalgia del recuerdo, sino que se convierte en la fuerza motriz que dinamiza el autogobierno territorial en cada rincón de la microcuenca.

Es precisamente en la orilla del Carinagua donde el saber ancestral de los abuelos indígenas y la voluntad militante de los conuqueros y fundistas se integran en una sola identidad de resistencia para hacer frente a la desidia institucional.

Al asumir que el caño es un sujeto vivo y no un simple recurso explotable, la vecindad organizada transforma el diálogo de saberes en jornadas concretas de custodia, limpieza y reforestación.

Así, cada paso dado en el territorio es una declaración de autonomía; una praxis insurgente que demuestra que la salvación del río y el porvenir de las nuevas generaciones dependen, única y

exclusivamente, del poder creador de un pueblo que defiende su vida con la dignidad de sus propias manos.

Como síntesis operativa de todo este recorrido vivencial y académico, se presenta, a continuación, la hoja de ruta que guiará el accionar transformador en el territorio. Este plan de acción no es un listado frío de tareas, sino la traducción de la sensibilidad cultural y el diagnóstico participativo en metas estratégicas y tareas tangibles.

A través de la tabla 3, se organiza la voluntad colectiva y se transforma el diálogo de saberes en una bitácora de acción insurgente para garantizar que la recuperación integral de la microcuenca sea un proceso ordenado, soberano y profundamente humano. Se visualiza un mapa operativo diseñado por y desde el territorio para que la vecindad organizada asuma la contraloría social y materialice la salvación definitiva del Caño Carinagua.

Tabla 3.
Plan de acción comunitario para la gestión del Caño Carinagua

Eje estratégico	Objetivo transformador y Actores	Acciones concretas sentipensantes
2. Organización *popular* (el convite)	Fortalecer el tejido intercultural uniendo a Consejos Comunales, vecinos, fundistas e indígenas.	-Brigadas populares de custodia ante la orfandad oficial -Convites para limpieza colectiva del caño. -Asambleas del agua como autogobierno
3. Vigilancia soberana (praxis en la orilla)	Ejercer control popular sobre la microcuenca, articulando a Guardaparques comunitarios y vecinos.	-Reforestación con frutales (seje, copoazú, túpiro, moriche). -Contraloría comunitaria contra quemas, tala y desechos -Exigencia soberana de servicios públicos

Fuente: Elaboración propia

Un análisis del plan de acción precedente revela una estructura de gestión integral donde la organización social, la educación sensible y el

control territorial convergen para romper el ciclo de la indiferencia institucional.

La articulación de estos tres ejes estratégicos asegura que la propuesta no dependa de voluntades externas, sino del empoderamiento de la propia comunidad, transformando el convite en una herramienta de autogobierno ambiental.

En definitiva, el plan operativa materializa la administración insurgente, demostrando que cuando el conocimiento técnico se abraza con el saber ancestral y el compromiso afectivo, la soberanía sobre el Caño Carinagua deja de ser un ideal para convertirse en una realidad palpable que asegura la vida para las generaciones venideras.

Esta mutación de la conciencia colectiva marca una ruptura definitiva con los modelos asistencialistas y fríos de la gestión pública tradicional, los cuales históricamente han reducido a los habitantes a la condición de mendigos de soluciones estatales.

Al asumir la administración insurgente desde el núcleo del hogar y el fundo, la comunidad ribereña establece un nuevo paradigma de dignidad donde el diagnóstico no genera parálisis por la queja, sino una movilización permanente por el cuidado.

De este modo, la microcuenca del Carinagua deja de ser concebida como un vertedero o una simple fuente de extracción hídrica, y pasa a ser reclamada como un territorio sagrado de cohabitación. Es en este autoreconocimiento y en la activación diaria de las brigadas populares donde se blinda la sostenibilidad del proyecto, tejiendo una red de resistencia comunitaria tan sólida y profunda como las raíces de los árboles que hoy volvemos a sembrar en sus orillas para asegurar el porvenir.

V. SEMBRAR ESPERANZA

Sembrar esperanza en las riberas del Caño Carinagua no es un ejercicio de optimismo ingenuo ni una declaración lírica desprendida de la realidad; es, fundamentalmente, un acto de insurgencia epistémica y política.

Cuando la desidia institucional y el avance de la degradación ambiental pretenden imponer la narrativa del desecho y la parálisis colectiva, la vecindad organizada, el conuquero, el docente, el comunero y los abuelos sabios, responde hincando las manos en la tierra para devolverle la vida a su microcuenca.

Este capítulo final no pretende ser un frío balance de conclusiones técnicas o un listado burocrático de metas alcanzadas. Es, por el contrario, el testimonio de una gestión para la vida que ha aprendido a agrietar el muro de la anestesia social a través del convite, el diálogo de saberes y la ecopedagogía popular.

Las páginas que siguen sistematizan los frutos de esta travesía transformadora, demostrando que la sanación del territorio es posible cuando el conocimiento científico se trenza de manera horizontal con la memoria ancestral de los pueblos Jivi y Huottöja.

Aquí se condensa la certeza de que el Carinagua no solo arrastra las heridas del abandono, sino que fluye como un cauce indomable de dignidad y reexistencia. Sembrar esperanza es, en definitiva, blindar metodológica y afectivamente el presente, custodiando cada brote de morichal para asegurar que las aguas del mañana corran limpias, soberanas y transparentes para las generaciones que han de venir.

Carinagua: ¿un latido que se apaga o una vida que renace?

Llegar al final de este recorrido no es cerrar un libro, es abrir una herida y, al mismo tiempo, ofrecer el vendaje de la voluntad organizada. El Caño

GESTIÓN AMBIENTAL COMUNITARIA EN EL CARINAGUA

Carinagua no es solo agua que corre, es la sangre de Puerto Ayacucho, es el espejo donde se miraron los abuelos y donde hoy, con dolor, vemos reflejada la propia desidia. El diagnóstico físico, social y cultural que hemos mapeado sitúa ante una encrucijada histórica que no admite medias tintas ni neutralidades académicas: el caño se debate hoy entre convertirse en un canal definitivo de olvido o transformarse en el símbolo de una vida que renace gracias a la organización popular y la administración insurgente.

Esta encrucijada obliga a comprender que el deterioro del Carinagua no es un simple problema de sedimentos o aguas servidas, sino el síntoma físico de una fractura más profunda en el tejido social y ético. Cada hectárea talada en sus cabeceras y cada desecho lanzado en sus riberas son cicatrices visibles de una orfandad institucional crónica.

Sobre todo, de una anestesia comunitaria que ha hecho contemplar la devastación como si

fuéramos extranjeros en la propia tierra. Romper esa inercia exige despojarse de la mirada fría del observador pasivo y asumir que la crisis hídrica de Puerto Ayacucho es, en esencia, una crisis de convivencia.

Por lo tanto, la restauración de su cauce no vendrá de decretos lejanos ni de promesas técnicas vacías, sino del reencuentro sentipensante de las comunidades indígenas, fundistas y sectores populares empeñados en rescatar el río para salvarse a sí mismos.

El drama de la ausencia. Imaginemos por un instante el silencio ensordecedor de una selva sin el murmullo de su cauce. Cerremos los ojos y sintamos el calor asfixiante de una tierra que ya no tiene dónde refrescarse, porque sus venas han sido obstruidas por el plástico, el lodo del olvido y la indiferencia.

Si hoy no nos detenemos, si permitimos que la contaminación siga devorando cada gota y asfixiando cada raíz, mañana no habrá canciones

para los nietos, ni leyendas que contar en la orilla, porque no habrá orilla que nos reciba. La muerte de un río es la muerte lenta de su gente; es una condena al destierro espiritual en la propia casa.

La realidad como sentencia. La crisis de nuestros suelos y aguas no es un accidente del destino, sino el resultado de haberle dado la espalda a la propia esencia. Si no prevenimos ahora, si no preservamos con furia y amor este ecosistema, enfrentamos a un paisaje de cenizas y lamentos.

El suelo que nos alimenta se volverá estéril bajo el peso de los químicos o los desechos y el agua, ese derecho humano sagrado, se convertirá en un veneno que recordará, día tras día, lo que fuimos capaces de perder por no saber luchar a tiempo. Dejar que el caño muera es aceptar la derrota de nuestra identidad.

El acto soberano. Nuestra última palabra. Sin embargo, este no es un adiós, sino un convite a la vida. La preservación del Carinagua es el acto

soberano por excelencia, es el pueblo decidiendo que su destino no lo dicta el abandono, sino la participación activa.

No se necesita permisos para salvar lo que es nuestro; se necesita conciencia, manos unidas en el arte, en la ciencia y en el trabajo comunitario. Evitar la contaminación a toda costa es nuestra declaración de independencia frente a la destrucción. Que el Carinagua vuelva a ser ese río sagrado depende de lo que hoy decidamos: que su latido no se apagará bajo nuestra guardia.

Esta perspectiva comunitaria y sentipensante sintoniza plenamente con los aportes de Escobar (2018) en su obra Sentipensar con la Tierra, donde el autor señala que la crisis ambiental global solo puede superarse mediante el diseño de "modos de vida relacionales".

Escobar(ob cit) sostiene que los territorios no son meros recursos explotables u objetos geográficos, sino entramados vivos donde los seres

humanos y la naturaleza se co-crean mutuamente. Al proponer una administración insurgente y una vigilancia soberana frente a la orfandad institucional, la experiencia del Carinagua encarna lo que Escobar define como la defensa del "pluriverso".

Es decir, la emergencia de comunidades locales que defienden sus mundos y sus aguas basándose en sus propios saberes y formas de autogobierno, resistiendo a los modelos fríos e institucionales que fragmentan la vida.

Legado de las aguas: una promesa para mis nietas

Más allá de los marcos teóricos, de los diagnósticos técnicos y de las estrategias de gestión, este trabajo tiene un rostro y una razón de ser que trasciende el papel, el futuro de mis amadas nietas. Cada vez que miro sus ojos, veo en ellos la pureza que alguna vez tuvo el Carinagua y la esperanza de que, cuando ellas caminen por estas tierras con pasos firmes, puedan encontrar un río que les hable,

un agua que las bendiga y una selva que las reconozca como suyas.

No puedo permitir que mi herencia para ellas sea un paisaje de ausencias y silencios; mi compromiso ético y humano es que reciban un territorio vivo, donde la biodiversidad amazónica sea su escuela permanente y la soberanía ambiental su mayor orgullo. Para ellas, para mis nietas y para todos los hijos de esta tierra noble, escribo estas líneas: para que nunca tengan que preguntar a qué sabía el agua clara o cómo sonaba el canto de un río sano. Dejo sembrada esta promesa en la orilla, asumiendo que proteger el agua hoy es garantizar la poesía de sus mañanas.

En sus risas y en sus pasos que apenas empiezan a descubrir el mundo, descansa la verdadera justificación de esta administración insurgente. No investigamos para engrosar los anaqueles de una biblioteca, sino para levantar un escudo que resguarde la vida que mañana les

pertenecerá a ellas. Deseo con el alma que, cuando miren el mapa de nuestro estado Amazonas, no vean el mapa frío de la devastación, sino una cartografía viva de resistencia y dignidad que su abuelo ayudó a tejer junto a las comunidades ribereñas.

Cada árbol que plantemos en el Carinagua, cada convite para limpiar su cauce y cada palabra de origen que rescatemos de los abuelos sabios es un hilo de agua limpia destinado a calmar la sed de su porvenir y a asegurar que el hogar de sus ancestros siga siendo un santuario indomable; un territorio vivo donde el río no sea un recuerdo del pasado, sino la certeza fluyente de su propia libertad.

Esta promesa es, en el fondo, mi testamento pedagógico y humano para Vita y Mia, mis mayores motores de lucha. Cuando los años pasen y estas páginas sean leídas bajo el cobijo de los árboles amazónicos, quiero que comprendan que amar a la Madre Tierra no es una declaración abstracta, sino

un compromiso militante que se defiende con el cuerpo en la orilla.

Que sepan que su abuelo no se quedó de brazos cruzados ante la orfandad institucional ni ante el peso del desinterés colectivo, sino que eligió sembrar esperanza en el fango para que ellas cosecharan libertad.

Dejo esta obra en sus manos como un legado hídrico y espiritual; un recordatorio de que somos hijos del agua y que, mientras el Carinagua tenga un latido limpio, nuestra estirpe mantendrá su raíz firmemente plantada en la dignidad de este territorio.

Mensaje final del autor: Un voto por el Amazonas

Como autor, investigador y, sobre todo, como militante de la vida en este Amazonas que nos define esta visa de humanidad sureña, cierro estas páginas con una convicción inquebrantable que el fuego no podrá consumir: el rescate del Caño Carinagua es nuestra última frontera de dignidad.

Es el pacto definitivo que asumimos para que la palabra de origen de nuestros abuelos indígenas no sea borrada por las cenizas del olvido, sino que fluya libre y cantarina, asegurando un territorio vivo que sea escuela, poesía y hogar para las generaciones que vienen tras nuestros pasos.

Hemos demostrado a lo largo de este proyecto de gestión que la ciencia, el arte emancipador y la organización popular son armas invencibles cuando se empuñan con amor por la Madre Tierra. Mi compromiso no termina con el punto final de este manuscrito; al contrario se renueva y multiplica en cada nuevo convite, en cada asamblea en el corazón del pueblo, en cada espacio de resistencia artística y en cada siembra comunitaria de piña, cacao, copoazú, túpiro, manaca, seje, moriche, yuca, mapuey y pijiguao, donde enterremos la semilla como estandarte de nuestra soberanía alimentaria.

Puerto Ayacucho no es un lugar frío en un mapa; es un latido colectivo que se niega a detenerse y que

reclama su derecho a existir en armonía. Que este libro no sea un texto para el archivo, sino el grito que despierte las voluntades dormidas y el abrazo fraterno que una a los que ya están en combate. Por el Carinagua, por nuestra soberanía territorial y por la vida que fluye indomable: ¡Seguimos en lucha, con el alma sembrada en la orilla!

Abrazar este horizonte sentipensante demanda tanta humildad como valentía creadora, recordándonos que la salvación de nuestras cuencas no vendrá de recetas externas, sino de la capacidad colectiva de generar saberes arraigados al territorio, a la comunidad y a la vida misma.

Este esfuerzo no pretende ser un documento estático ni un archivo del pasado; su esencia es enteramente proyectiva. Divulgar y sembrar estas líneas mediante el Fondo Editorial REDIT se convierte en una acción de soberanía cognitiva y en un aporte militante a la diversidad cultural de la Amazonía.

Al final, este texto demuestra que en la microcuenca del Caño Carinagua no solo fluye agua, sino una densa memoria colectiva cuyos saberes compartidos son el insumo vital para sanar el territorio y asegurar la existencia de las generaciones del mañana. Un torrente de soberanía cognitiva que proclama el derecho inalienable del poder popular a legislar y salvaguardar la vida de sus propias cuencas.

REFERENCIAS

Barreto, D. J & Rivas, P. (2007). *Salud intercultural y pueblo Pumé: Una aproximación etnográfica*. Universidad de Los Andes.

Dussel, E. (2015). *Filosofía de la liberación*. Fondo de Cultura Económica.

Escobar, A. (2014). *Sentipensar con la tierra: Nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*. Ediciones Unaula.

Fals Borda, O. (2015). *Una sociología sentipensante para América Latina* (V. M. Moncayo, Comp.). Siglo del Hombre Editores / CLACSO.

Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI Editores.

Garrido, M. (2011). *Ecocrítica y literatura: Lecturas de la biosfera*. Biblioteca Nueva.

Lander, E. (Comp, 2000). *La colonialidad del saber: Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. CLACSO.

Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En E. Lander (Comp.), *La colonialidad del saber: Eurocentrismo y ciencias sociales* (pp. 201-246). CLACSO.

Rodríguez, S. (2001). *Sociedades americanas* (J. A. Calzadilla, Ed.). Biblioteca Ayacucho. (Obra original publicada en 1828).

Santos, B de S. (2009). *Una epistemología del Sur: La reinvención del saber y la emancipación social*. Siglo XXI Editores / CLACSO.

Schafer, R. M. (1977). *La afinación del mundo: Hacia una afinación del paisaje sonoro*. Alfred A. Knopf.

Walsh, C. (2013). *Pedagogías decoloniales: Prácticas insurgentes de resistir, (re)existir y (re)vivir* (Tomo I). Ediciones Abya-Yala.

Walsh, C. (2023). *Levantarse, vivir: Re-existencias, siembras y grietas decoloniales*. Duke University Press.

Zambrano, L. (2023). *Administración Insurgente y Gestión Transformadora.* Felgris Araca.

GESTIÓN AMBIENTAL COMUNITARIA EN EL CARINAGUA

José Rosario Anzoátegui Palma

joseanzoategui307@gmail.com
https://orcid.org/0009-0001-6222-7812

Este libro propone una gestión para la vida frente a la orfandad institucional en la microcuenca del Caño Carinagua. Mediante una administración insurgente y la ecopedagogía popular, el autor articula la ciencia con los saberes de conuqueros, fundistas y comunidades indígenas. Una cartografía sentipensante que transforma el arte popular en trinchera y el histórico convite en la máxima expresión de autogobierno territorial amazónico.

ISBN: 978-980-456-103-0